autor, su sentido crítico, su objetividad, son cualidades que recomiendan al libro y a quien lo escribió. Traducido al español, como esperamos verlo pronto en las librerías, será el texto obligado de estudio en todos los países del Continente. En inglés, es el mejor exponente de la cultura de la otra América, para los norteamericanos. Encontrarán los estudiosos, en ella, lo que se piensa del Río Grande a la Tierra del Fuego, expresado en un inglés elegante y por un espíritu que sabe decir las cosas en un idioma que es casi el suyo, a los que tan alejados han estado del pensar y del sentir de la América hispanolusitana.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA,
Universidad de México.

FRANCISCO MONTERDE, *Moctezuma, el de la silla de oro*.—México, Imprenta Universitaria, 1945.

No conozco aún toda la obra de Francisco Monterde, cuya labor literaria, iniciada hacia 1918, ha sido constante y valiosa. Ignoro, particularmente, sus piezas teatrales representadas y celebradas en su tiempo; pero he frecuentado mucho sus trabajos críticos, sus narraciones y aun sus escasos versos. Entre estas direcciones de su obra prefería, hasta antes de la lectura de su último libro, sus trabajos críticos sobre los demás. Heredero espiritual, con más justicia que ninguno, de las aptitudes intelectuales de su pariente don Joaquín García Icazbalceta, Monterde realiza sus estudios con el mismo rigor de conocimiento, con la misma curiosidad infatigable y con la misma precisión en los juicios que tanto avaloraron los de nuestro gran erudito. Algunos echarán de menos en los estudios de Monterde esa capacidad de creación que críticos ilustres han poseído —Sainte-Beuve y Menéndez Pelayo, por ejemplos—; pero, sin desestimar esa virtud, mucho más placentera para los lectores que útil para el conocimiento y comprensión de los textos, me parece que aquéllos superaban en cierta manera el campo estricto de la crítica, adornándola con vuelos de ficción que pertenecen a la literatura propiamente tal. Monterde crítico a secas, pero con toda la nobleza que puede alcanzar ese ejercicio, ha empleado provechosamente sus limitaciones y sus posibilidades en trabajos que han contribuido al mejor conocimiento de nuestras letras. Sus exploraciones en la literatura mexicana del siglo XIX se han dirigido con

predilección al estudio de aquellos poetas en cuya obra se registra el tránsito de dos corrientes literarias. Ha rectificado también puntos oscuros de nuestra historia literaria, ha realizado laboriosas investigaciones bibliográficas y ha propuesto sagaces puntos de vista para la interpretación del Modernismo en Hispanoamérica. Cuando ha examinado las letras mexicanas contemporáneas, ha promovido movimientos de singular importancia —recuérdese que, gracias a la atención que llamó para *Los de abajo* de Azuela, hasta entonces ignorada, se despertó en México el interés por la literatura de la Revolución habiéndose iniciado poco después la aparición de obras que continuaban y enriquecían el género—; y, sin excepciones, en sus trabajos se encontrará siempre un juicio lúcido afirmado en un conocimiento exhaustivo de la materia y en la experiencia literaria de quien ha frecuentado con infatigable devoción y honradez intelectual el mundo de las letras.

Hasta antes de la lectura de su último libro, decía, prefería en Monterde al crítico, sobre el narrador, el dramaturgo o el poeta. Ahora, luego de conocer *Moctezuma, el de la silla de oro*, sé que debo considerar tan notorias sus aptitudes de crítico como de narrador. Sin embargo, en él una capacidad se enlaza y se apoya en la otra, dado el carácter de los temas de sus narraciones. Desde su primer libro, *El madrigal de Cetina y El secreto de la "Escala"*, que es de 1918 —obra que inició la moda colonialista en México, poniendo aparte los precursores—, la prosa de ficción cultivada por Monterde renunció parcialmente a sus libertades, para afianzarse en una base histórica, “con la intención de dar a la anécdota una perspectiva de paisaje y el deseo de explicar cómo pudieron acontecer cosas que en la realidad, quizás no acontecieron”, como lo ha explicado él mismo en la dedicatoria con que me entregó *El temor de Hernán Cortés*. En este volumen de narraciones de la Nueva España, publicado hace pocos años, pueden reconocerse ya algunas de las características de su más reciente libro. El tema colonial aparece tratado en forma muy diversa a la que se empleaba allá en el apogeo de la corriente literaria; no se escribe ya en esa prosa arcaizante cuya receta y cuya superchería tan graciosamente comentó el *Pero Galán* de Estrada, antes, por el contrario, el estilo de Monterde vuelve a esa tersura, intachable y proporcionada, distintiva de sus últimas obras.

Moctezuma, el de la silla de oro, incide de nuevo en el tema colonial, pero en su linde misma, en el choque decisivo de la civilización conquistadora con la conquistada. Tiene pues tanto de colonial como de indígena la narración que emprende del tema patético del emperador azteca que

vió llegar a Hernán Cortés y cuyo imperio pudiera asemejarse a esas épocas otoñales, refinadas y sanguinarias, que han sido estudiadas con tanta penetración recientemente. Pero si Monterde nació a la vida de las letras superiormente armado en conocimientos de la Nueva España, no es en ese flanco de su obra donde le esperaríamos una prueba desconocida; sí le esperaba, en cambio, en la reconstrucción del mundo indígena.

Para ilustrar el acierto de Monterde podrían enumerarse aquí los abundantes intentos de reconstrucción literaria, en todos los géneros, de nuestro pasado indígena. Desde Rodríguez Galván hasta escritores muy cercanos, periódicamente aparece un nuevo decidido que surge de la lectura de crónicas e historias, dispuesto a revelarnos el esplendor y la fiereza de nuestros ancestros. Y con todo, algo les ha faltado o sobrado, por distintos caminos, a cada uno de ellos. Salvador Novo cree que la razón de su fracaso radica en la lejanía espiritual que tenemos respecto a nuestro pasado indígena, puesto que, de hecho, nuestra tradición cultural tiró, con la fertilización española, hacia su propia tradición cultural que es la grecolatina. Un mito griego, según su pensamiento, significa más para nosotros que otro indígena. Estoy de acuerdo en parte con su opinión, pero añadiría que el lenguaje ha contribuido considerablemente a estos fracasos. Las incrustaciones de vocablos, extraídos artificialmente, en el cuerpo de obras compuestas, por otra parte, según los dictados de modalidades literarias que les son enteramente ajenas —romanticismo, modernismo, tendencias contemporáneas—, no pueden ser más que fatales. Y otro tanto pudiera añadirse de toda la parafernalia con que se completa el cuadro histórico, pero que no excluye, en el momento más inesperado, un toque anacrónico.

La firme experiencia de Monterde le ha puesto sin duda en guardia contra semejantes riesgos esquivados con maestría en su narración histórica *Moctezuma, el de la silla de oro*. Documentado cuidadosamente en los textos históricos que podían ilustrarlo sobre los acontecimientos, los usos, las costumbres y el espíritu del imperio azteca en sus postrimerías, Monterde consigue, con ello, librar el primer escollo. Logra el inusitado interés que despierta la lectura de su obra sirviéndose del recurso literario que expone en las páginas preliminares: para obtener una imagen dinámica, dice: "la evocación se hace en tiempo presente; se sigue el curso de la historia como acaecer actual, y se narra lo pasado como acción observada en un mundo vivo." Considérese también el equilibrio de simpatías con que Monterde trata las dos figuras del drama, eludiendo el arrebatado solidario no menos que la justificación del fuerte, y se tendrá una

impresión inicial de los valores de su último libro. Pero habría que añadir que Monterde, correcto prosista siempre, escribe ahora un lenguaje en el que se unen la emoción con la nitidez y la calidad poética con el rigor histórico de los hechos esenciales y la penetrante interpretación de su héroe vencido.

Una calidad más debe mencionarse a propósito de este libro en que se cumple la madurez de Francisco Monterde: las ilustraciones de Julio Prieto.

Entre los grandes ilustradores contemporáneos, Rockwell Kent ocupa un lugar eminente, y entre los libros que ha ilustrado *Moby Dick* es su acierto memorable. Entre los buenos ilustradores mexicanos, Julio Prieto ocupa un lugar distinguido, y entre los libros por él ilustrados *Moctezuma, el de la silla de oro* es su acierto memorable. No es arbitrario el paralelismo, si se comparan las obras del norteamericano con las del mexicano, semejantes en su calidad y en su fuerza. Rockwell Kent, sin embargo, se sirve de un tratamiento más delicado para sus figuras y prefiere iluminarlas de una poesía dramática refinada y compleja. Julio Prieto, en cambio, trabaja con materiales más amplios y libres y se inclina a dotar sus criaturas de una dinamicidad poderosa que se siente más avenida con los mundos en que imperan sentimientos concretos que en aquellos otros sutiles y convencionales.

Son ya muchos los libros que ha ilustrado de manera excelente Julio Prieto, pero sé que él mismo siente que su trabajo en el último libro de Monterde supera sus obras anteriores. Ha conseguido mostrar, con propiedad irreprochable, el drama de la fuerza implacable contra la sensualidad lánguida y corrompida. Cada figura de conquistador estalla de poderío brutal y cada estampa indígena se afina de suavidades otoñales. Pero significativamente no participan en esta índole dos especies de sus imágenes: las de los templos e ídolos aztecas, imponentes y crueles, y la del guerrero Cuauhtémoc, cuyo garbo ágil y animoso asoma en las páginas finales de la obra.

La conjunción inusitada de un texto y de unas ilustraciones en los que muestran su madurez el escritor Francisco Monterde y el ilustrador Julio Prieto, hacen de *Moctezuma, el de la silla de oro* uno de los libros más notables y hermosos entre los publicados en México en los últimos años. De hoy en adelante, cuando se hable de sus autores, será preciso considerar su último trabajo como el punto de referencia que señala el mediodía de sus obras.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ